

Alicia de Larrocha, galardonada por la Generalitat

La gran pianista catalana Alicia de Larrocha recibió anoche la Medalla de Oro de la Generalitat. Se había desplazado expresamente a Barcelona con tal motivo, haciendo un pequeño hueco en el apretado programa de actuaciones que la tienen ocupada por todo el mundo.

La relevante artista ya había recibido tiempo atrás la Medalla de Oro de la Ciudad de Barcelona, la Medalla de Oro de Bellas Artes, la Cruz de Isabel la Católica, la Medalla al Mérito Civil, así como otras distinciones nacionales y extranjeras.

—Nací con la música, así que desde muy pequeña estoy metida en esto con la mayor naturalidad. Mi madre y mi tía eran alumnas de Granados. Desde siempre oí música y piano en casa. Ha sido una cosa perfectamente normal en mí. Nunca me propuse empezar unos estudios o llegar a ejercer tal carrera. Fue todo simultáneo y entremezclado: la vida y la música. Así que empecé a tocar el piano sin darme. El actuar ante el público fue viniendo poco a poco. Mi profesor Frank Marshall me presentándome esporádicamente, porque era chiquitita. Más que nada para ver mis reacciones, mis progresos. Joaquín Turina hizo una vez la presentación hablando sobre los niños en la música, sobre los pedagogos y los niños... Y, poco a poco, fue avanzando la cosa. Después toqué en el Pabellón de las Misiones, cuando la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Posteriormente lo hice con la Banda Municipal dirigida por Lamote de Grignon. A continuación fui a Madrid, a tocar con la Orquesta Sinfónica que dirigía Arbós... Y así, poco a poco, sin darme cuenta, se fue desarrollando todo.



La gran pianista catalana recibió la medalla de oro

—¿Qué piensa de las distinciones y honores, en este momento de su dilatada carrera?

—Que nos den una distinción y que nos reconozcan supone para nosotros, los artistas en general, una gran responsabilidad. Nos exigimos mucho más a nosotros mismos y ello supone una lucha aún mayor. Por otra parte, es una gran satisfacción, sobre todo cuando esas distinciones vienen de casa.

Exigencia y rigor

—Hay quien opina que las distinciones, como respaldo e incentivo, se deberían conceder a los artistas más al comienzo de su carrera...

—En realidad, una distinción como la mía de ayer es un reconocimiento a algo que se ha cumplido. A los jóvenes tendría que concedérseles otra clase de distinción o ayudas, como las becas y similares, a modo de incentivo, de respaldo económico y moral. Eso es necesario, desde luego.

—¿Y cuando usted oye decir de usted misma que es una de las más grandes pianistas...?

—Eso no lo escucho, de ninguna manera. Primero, porque no existe. En ninguna categoría artística hay nadie que sea "el más". Hay tantísimas figuras tanto en primera línea como en segunda... Pero ni en primera línea se puede citar a nadie que sobresalga por encima de los demás, porque cada cual es distinto. Así que eso que dice usted, ni lo quiero escuchar. Y si alguna vez lo llevo a escuchar, me da un susto tremendo.

—Después de una carrera tan vasta, ¿piensa que ha llegado, de alguna manera, a la cima?

—Nunca. Al contrario. Conforme van pasando los años y tenemos más capacidad y la visión es más amplia, nos vamos viendo más atrás. Cada vez vemos lo que nos queda por hacer más grande. Mucho más que cuando éramos jóve-

nes. Lo bonito de la juventud es la ignorancia. La juventud es lo más precioso que hay en el mundo, entonces uno es feliz, todo es fácil, uno se ve capaz de todo, se cree el dueño del mundo, es la cosa más hermosa que existe. Después, a medida que van pasando los añitos, se va dando uno cuenta de que es todo lo contrario. Es decir, cuanto más se sabe, menos se sabe. Hay muchas cosas que hacía cuando era joven y que ahora no las hago. Pero aquellas cosas las acepto. Yo soy de la opinión de que cada edad tiene su manera de hacer y de reaccionar. Hay cosas en la juventud que hay que hacerlas tal y como se sienten entonces. Es imposible querer forzar a un artista de veinte años a que actúe y reaccione como un artista de setenta. Imposible. Sería falso el resultado. Completamente falso. El joven tiene que actuar como joven, y la gente tiene que aceptarlo. Me acuerdo siempre de una maravillosa frase de Andrés Segovia, que va a cumplir 91 años: "El público en general suele criticar a los jóvenes que tocan muy fuerte y muy deprisa. Claro, tocan muy fuerte y muy deprisa porque pueden, y nosotros a nuestra edad ya no podemos". Hay algo en la juventud, además, que después ya se pierde: la espontaneidad, el volcarse sin pensar en el riesgo. Las diferentes épocas de un artista son eslabones que se van uniendo hasta desembocar en la madurez.

—Y usted, ¿cómo ve la perspectiva de su futuro?

—Siempre muy exigente. No me contento fácilmente. Después del bajón que he tenido tras la muerte de mi esposo y de la compañera Rosa Sabater, espero recobrar ánimos suficientes para seguir adelante.

J. GUERRERO MARTIN